



Crónicas de Puerto Viejo

Jotabeche en Puerto Viejo

Francisco Medina Cárdenas

(El) Leyendario de Copiapó realiza a José Joaquín Vallejo o Jotabeche por haber sido uno de los testigos más fidedignos del acontecer histórico. En consecuencia, basándose en sus propios escritos y en el método de la tradición escrita y oral llegamos a decir el entorno del Puerto de Copiapó, hoy Puerto Viejo en los instantes que arriba Carlos Bello (hijo de don Andrés Bello) por segunda vez, en esta ocasión con su obra teatral "Los Amores del Poeta" que habiendo sido ya representada en la capital venía con el convencimiento de hacerlo ahora en un teatro de Copiapó. Curiosamente la había escrito durante una larga estadía en casa de Vallejo o en una residencial copiapina).

Ese jueves, era octubre, José Joaquín Vallejo está inquieto por la hora, así que pronto despide las visitas matutinas de su casa. Prepara una pequeña maleta con bastante devoción, deja algunas instrucciones al personal de servicios y saliendo algo presuroso a la calle de la Constitución llama un coche. Tres pasan de largo, ocupados, el cuarto detiene su marcha reconociendo al instante a su conductor.

¡Hola Vitroviol! ¿Cómo está su salud?

(Señorito Jotabeche!)... ¡place llevarlo, mi salud bien a Dios gracias. Mire Vitroviol, es mi deseo llegar pronto al Puerto.

(Muy bien señor! y bajándose abre la puerta del coche.

¡Gracias, amigo! y hace un gesto con el sombrero. Entonces Vallejo se toma firme de la pasarela y se introduce en el bicho, luego el señor Vitroviol cierra la portezuela y se sube adelante y agarrando las riendas echa su grito de partida. Jotabeche se entusiasma observando los fuertes colores que se ensartan en la aridez del desierto. Le vienen a la memoria ciertos paisajes de Chafarillo. Advierte con detenimiento las jorunas de los marcos de la muralla interior, parece madera fina, grieta y manchas osas en los rincones.

(Un pequeño insecto mueve sus antenas despertando su curiosidad. Sus patas se agitan así fuesen al compás de una sajuriana, babeando, después mueve la cabecita e inspecciona cada vericuetos y rincón, da la impresión que ahora afila sus garras, se pone en guardia. Me mira y yo lo miro. De pronto cae en mi mano, siento un intenso ardor, zafarme de su lanzeta o no sé qué, de un golpe la echo a volar, la muy graciosa salta y vuela, sí, vuela y salta, y abriéndose la puerta pone el muy maldito pies en polvorosa).

DOMINGO

6
CRÓNICA

El indaga en una nebulosa. A lento tránsito de los caballos llena de ideas su cabeza. Los apóstatas sabe no lo tragan mucho. Cuantos problemas, revoluciones, quisieran sumarse en el pueblo si se cubrieran los ojos el señor intendente, él y los demás. No, "Quiero a Copiapó tanto más que cualquiera". En los discursos políticos varios propician un estado igualitario. Santiago es la capital aunque reventemos, la gran política se hace allí, los poderes del Estado están en la misma dirección, basta observar que allí el ejército está acantonado. Nosotros estamos en el extremo absoluto del país (El se recuesta en el asiento. El calor se atesora en el techo del artefacto. Otra vez enfrenta los cerros que parecen clamar sedientos; quizás una parodia de huellas o son los colores venenosos que prosiguen la veta secreta entre los recovecos de la semana). Hay que preocuparse -piensa él- que de alguna manera estos viajes en bicho sean placenteros, más cortos. Sí, sí. Ya sería hora de ponerle abajo, a lo mejor alguien pueda darnos la solución. (Copiapó, tierra de contrastes, sueña él. Sí. Filones de plata que llenaron tantos bolsillos, otros regresaron a la pobreza... tanto ajeteo en esta bonita región...) Estos caminos son infernales, cuanto tiempo malgastado, casi ocho horas en estas tragaderas de polvo ¡cuando podríamos remediarlo...? Supe que existe una forma más segura y expedita de viajar. (Le da la impresión que el cochero escuchara). ES UNA MAQUINA GRANDE (trata de compararla con la ladera de un cerro). Amallose de acero, muchas toneladas concentradas. Cuántos por ahí que es rapidísima, quizás los copiapinos logremos conocerla. Nuestro desierto seguro la aceptaría de algún modo; empero no sé cuál sería la reacción de los conductores de bichos y diligencias... ¿y qué opinan los señores carreteros?... (parece verlos muy iracundos) ¡Qué cantidad de polvo entra en el coche y lo ensucia todo!

¡Oye muchacho! ¡Oye muchachooooo! lo llama para que apure la marcha, en el fondo sabe el problema, el camino es deficiente y más se complica con las docenas y docenas de carretas que casi se tropiezan una a otras, con sus cargas de metal en bruto o entremecido, dirigiéndose al puerto para embarcarse a diferentes países.

De pronto el pitazo de una sirena lo despierta de sus cavilaciones. Ya van llegando al Puerto de Copiapó. Desciende con su mala negra despidiéndose de Vitroviol. Bulle de vida por doquier. Jóvenes llenos de energías se pasean por el fastuoso muelle. Señores de frac llevan sus enormes sombreros de terno, dialogan de los últimos episodios del pueblo costero. Dos viejas desdentadas rien en chabacanas posturas del brazo de sus esposos. Otros individuos se rebelan llevando ropas de colores chillones, varios niños corren jubilosos detrás de los volantines que se asemejan a extraños pájaros que conviven con el mismo viento da los indios changos. Persiguen ellos cada sombra aislada en un juego eterno. Algunas niñas emperifolladas, dimensionales sombreros, esperan repletas de bolsos, también canastos y un par de baúles de cuero rojo y se entregan presurosos recados. El policía lleva un par de oscuras correas desteñidas que le

cruzan en diagonal el pecho, se pasea condismulo con un bastón en la mano cerca de la playa, busca a dos malandrines que hace poco rato los acusaron algunas personas de fechorías cometidas. Tres borrachitos cruzan palabrotas en una jerga casi humorística haciéndoles los presentes un semiruedo. Uno, de aspecto rechoncho empuja al otro muy suelto de tipo y risas, en el forcejeo caen sobre una poza barrosa, la hilaridad del público es inmediata, el tercero disparente se agaña firme de una barra en donde están amarrados cuatro caballos. Este tiene facha de minero rico, viste buena tela, cuelga un prendedor de oro de su solapa. La gente lo mira entre seria y revoltosa.

Jotabeche busca en el gentío a la flaca Margarita. Después de un momento ella aparece, trae un pañuelo café anudado al cuello, un traje dos piezas con trazos triangulares, un par de aros indios penden de sus orejas, dibuja una pronunciada sonrisa embelleciendo su boca, tiene tez morena, cabellos negros, ojos casi vendados dando señal de tristeza, veinte años de vida, portefa, algo dulce su tono al hablar.

¡Hola Jotabeche!

¡José Joaquín!... ¿cómo estás?

¡Margarita, mi amor, estoy bien!

¡Qué cantidad de gente hay por aquí!

¡... ¡eseh patroncito! tengo una chichita de chuparse los dedos!

¿Una probadita? -y extiende su brazo armado de una botella.

¡Sí, Margarita llega una goleta...

¡... ¡paga patroncito! yo llevo queso y turrón cuyano! éste es algo gustón, se le acerca estando casi encima.

Una goleta, Margarita, con pasajeros de muchas nacionalidades en una...

¡... ¡piñas, naranjas y chirimoyas veendoooo! éste tiene un porte mediano.

Es una tal "Cielo Azul" creo y la co...

¡... ¡disculpe jefe! le vendo esta pistola... de chispa, supiera usted su historia... ¡sonó unos ridículos mostachos.

¡Pero hombre... aguántese un poco... le decía que la comanda un viejo marino alemán de apellido Raulf Wittholz.

¡... ¡disculpe señor!... esta pistola tiene diversas utilidades... ¡Se la vendo! al hablar parece que le cubren toda la boca.

A Jotabeche le admira muchísimo la perseverancia de los vendedores callejeros. Trató muchas veces de ayudarlos; aunque la compra no fuese la más urgente. Ese día jueves él tiene un afán muy determinado "esperar con Margarita al poeta Carlos Bello". Viene a entrenar a Copiapó su obra de teatro "Los Amores de un Poeta". Margarita está pensativa. (A José Joaquín lo ama, quizás sea su esposa, es un hombre de grandes dotes de humor, apuesto, inteligente. Al observar el paisaje siente extrañas sensaciones. A lo mejor le agrada acompañarlo a Chafarillo. Escucha el trinar de un pajamaco). Pasean por el malecón acordándose de algunas sabrosas historias. "En aquella ocasión unos arrieros cuyanos golpearon a la puerta de su hacienda

(Continúa en la Pág. 7...)

Jotabeche en Puerto Viejo [artículo] Francisco Medina Cárdenas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Medina Cárdenas, Francisco, 1948-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jotabeche en Puerto Viejo [artículo] Francisco Medina Cárdenas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile